

El Sabio Lillo: su vida más allá de la ciencia

“Lillo the Wise”: his life beyond science

Elena Perilli de Colombres Garmendia *

RESUMEN

El presente trabajo aborda la figura de Miguel Lillo (1862-1931), reconocido naturalista tucumano, desde una perspectiva que trasciende su producción científica para adentrarse en aspectos biográficos, personales y sociales menos explorados. A partir de su vasta correspondencia, objetos personales y documentos conservados en el Archivo Miguel Lillo (AML), se reconstruyen dimensiones de su vida vinculadas a su entorno familiar, sus años de formación, las influencias recibidas y sus vínculos con científicos, “colectores” y discípulos. La investigación permite iluminar facetas íntimas de un hombre reservado, autodidacta y apasionado por el saber, cuya trayectoria estuvo marcada por la austeridad, el rigor y una profunda vocación naturalista.

El estudio también recupera la importancia de su paso por la Oficina Química de Tucumán, su relación con Federico Schickendantz y su aporte a la consolidación de las ciencias naturales en la Argentina. Asimismo, se destacan sus redes de correspondencia nacional e internacional, que lo situaron como referente entre los naturalistas de su tiempo, y su participación en proyectos de alcance académico e institucional, como la creación de la Universidad de Tucumán y la Primera Reunión Nacional de Ciencias Naturales en 1916. Más allá de la imagen del científico, el trabajo revela a un hombre de múltiples intereses —fotografía, numismática, bibliofilia— atravesado por tensiones ideológicas (como su adhesión a la masonería) y por preocupaciones acerca del destino de sus colecciones y biblioteca, finalmente legadas a su provincia. En suma, se propone una aproximación integral a Miguel Lillo, que permite comprenderlo no solo como

Recibido: 06/09/2025 – Aceptado: 25/10/2025.

* Junta de Estudios Históricos de Tucumán, San Miguel de Tucumán, Argentina.

<perillielena059@gmail.com>

científico, sino también como actor cultural de su tiempo, cuyo legado trasciende lo estrictamente académico para convertirse en patrimonio histórico y social.

➤ **Palabras clave:** Miguel Lillo; ciencias naturales; historia cultural.

ABSTRACT

This paper examines the figure of Miguel Lillo (1862–1931), a renowned naturalist from Tucumán, from a perspective that goes beyond his scientific work to explore lesser-known biographical, personal, and social aspects. Drawing on his extensive correspondence, personal objects, and documents preserved in the Miguel Lillo Archive (AML), it reconstructs dimensions of his life related to his family environment, his formative years, the influences he received, and his connections with scientists, collectors, and disciples. The research sheds light on the intimate facets of a reserved, self-taught man, passionate about knowledge, whose trajectory was marked by austerity, rigor, and a profound naturalist vocation.

The study also highlights the importance of his work at the Chemical Office of Tucumán, his relationship with Federico Schickendantz, and his contribution to the consolidation of the natural sciences in Argentina. Likewise, it underscores his national and international correspondence networks, which positioned him as a key reference among the naturalists of his time, and his involvement in academic and institutional projects such as the creation of the University of Tucumán and the First National Meeting of Natural Sciences in 1916. Beyond the image of the scientist, this paper reveals a man of multiple interests —photography, numismatics, bibliophilia— shaped by ideological tensions (such as his adherence to Freemasonry) and by concerns about the destiny of his collections and library, ultimately bequeathed to his province. In sum, it offers a comprehensive approach to Miguel Lillo, enabling us to understand him not only as a scientist but also as a cultural actor of his time, whose legacy transcends the strictly academic sphere to become part of historical and social heritage.

➤ **Keywords:** Miguel Lillo; natural sciences; cultural history.

Introducción

La figura de Miguel Lillo (1862-1931) ocupa un lugar central en la historia científica y cultural de Tucumán y de la Argentina. Conocido sobre todo por su legado en las ciencias naturales, su perfil ha quedado a menudo reducido a la imagen del “sabio botánico”, eclipsando dimensiones más amplias de su vida y de su aporte al desarrollo intelectual del país. Este trabajo propone un acercamiento integral al hombre detrás del científico, recuperando los matices de su biografía y la densidad de su contexto social, académico y afectivo. A partir de su corresponden-

cia, objetos personales y documentos conservados en el Archivo Miguel Lillo (AML), se reconstruyen los itinerarios formativos que lo condujeron desde una juventud marcada por la curiosidad y la autodisciplina hasta su consolidación como referente de las ciencias naturales en el ámbito nacional e internacional. Al mismo tiempo, se exploran los lazos que cultivó con maestros, discípulos y “colectores”, su relación con instituciones claves —como la Oficina Química y la Universidad de Tucumán—, así como sus intereses extraacadémicos, que van desde la fotografía y la numismática hasta el debate ideológico de su tiempo. La aproximación aquí propuesta busca, en definitiva, iluminar a Miguel Lillo como actor cultural y científico, cuyo legado, lejos de circunscribirse a la taxonomía o al herbario, constituye un patrimonio histórico y social que sigue interpelando a la comunidad.

Los años jóvenes

Todo lo que rodea su nombre parece misterioso. Tal vez su carácter introvertido y su vida recoleta, dedicada a “herborizar” —como le gustaba decir—, unidas a su resistencia a apariciones mediáticas le dieron ese perfil. Accedimos a aspectos curiosos que queremos poner en el conocimiento de todos y que se desprenden de la lectura de su vasta correspondencia y de los objetos que apreció.

En primer lugar, su nacimiento. No hay seguridad en la fecha, como él mismo lo dice en una carta a Cristóbal Hicken fechada el 31 de agosto de 1922: “Nacido soy el 27 de julio de 1862 o 1864 (no lo sé con seguridad)” (AML, 1922).¹ En otros documentos se registra el 31 de julio de 1862, día de San Ignacio de Loyola. Lo real es que esta fecha oscila entre 1862 y 1865. Nació en Tucumán, en una quinta situada al oeste de la ciudad, perteneciente a su familia llegada a América a comienzos del siglo XIX. Lillo aseguraba no ser descendiente de próceres, su abuelo era un “pobre español” de Ciudad Real, que vino a América en el ejército español contra las fuerzas independentistas. Fue enviado prisionero en el sitio de Montevideo y luego se instaló en la tierra donde fundó la familia Lillo. Nada dice de sus padres, sí de su abuelo, Severo o Severino Lillo llegado desde Castilla; Severino tuvo 4 hijas y un hijo varón: Tomasa, Magdalena, Melchora, Dorotea y Felipe Lillo.

Miguel fue criado y educado por sus tías y, según la tradición oral, su madre sería Melchora o Tomasa. Hacia 1912, en otra carta a Hicken, quien había perdido a su madre, Lillo le responde: “Comprendo su

¹ Agradezco a Sara Peña de Bascary su gentileza. El epistolario completo forma parte del Archivo Miguel Lillo (en adelante AML) que se encuentra en el Centro Cultural Alberto Rougés de la Fundación Miguel Lillo.

dolor pues hace muy poco yo experimenté igual pérdida y cuyo recuerdo es siempre una llaga abierta que no tiene mira de cicatrizar. Pero al fin es un mal sin remedio y debe procurar olvidarlo dedicándose a sus estudios favoritos” (AML, 1912). No hay datos que aclaren cuál de las hermanas fue su madre.

Ingresó a la escuela después de haber recibido en el hogar las primeras enseñanzas de lectura, escritura, aritmética y rudimentos de catecismo (estudió con el clásico libro de Astete). Algo más tarde, concurrió a un establecimiento privado que dirigía Juan Rovalletti. Era un joven inquieto, ávido de conocimientos.

En 1870 ingresó a una escuela municipal y permaneció allí hasta 1874 en que se incorporó a las Escuelas Pías; en 1878 se matriculó en segundo año del Colegio Nacional; fue beneficiado con una beca en 1877 que, según conjetura la historiadora Sara Peña de Bascary, esta fue un premio logrado gracias a un curioso mapa, realizado con solo 14 años y que se encuentra en el Museo Histórico Lillo, donado por Florencio Aceñolaza.

Era un mapa de América, original en tela sin marcas, dibujado en tinta negra y coloreado de verde de 0,88 cm por 1,27 de alto y llevaba una leyenda: “Mapa de América dibujado por Miguel Ignacio Lillo, Tucumán, 24 de Mayo de 1876” (Peña de Bascary, 2016, abril 5).² Ya evidenciaba entonces, su carácter metódico y minucioso. En los cuadernos escolares de Lillo se encuentran lecciones de Anatomía y Fisiología, tomadas de textos clásicos franceses y más adelante vocabulario del alemán, latín, reglas gramaticales de estos idiomas, fórmulas de química y algunos dibujos.

Lillo afirmaba que no había recibido ayuda oficial y que recién fue durante el gobierno de Ernesto E. Padilla cuando tuvo mayor apoyo moral. Influyeron en su vocación el haberse criado en medio de la naturaleza, las lecturas juveniles como las de Julio Verne y la conocida obra de Ricardo Napp, *La República Argentina*. Su biblioteca botánica comenzó con la adquisición del *Genera Plantarum ad exemplaria imprimis in herbariis Kezwensibus* (Londres, 1862-1883) de George Benthán y Joseph Dalton Hooker y fue acrecentándose con el tiempo. De sus años jóvenes es también un precioso herbario de flores exóticas, encuadernado en cuero, que guardaba con sus libretas del Colegio Nacional y la Escuela Normal.

² La historiadora Sara Peña de Bascary, durante su tarea de organización del Museo Histórico Miguel Lillo, registró el hallazgo de este mapa confeccionado por Lillo adolescente de solo 14 años y que le fue donado por Florencio Aceñolaza. Es un mapa de América original en tela, sin enmarcar dibujado con tinta negra y coloreado en perfecto estado de conservación. Se registran una serie de cuestiones de importancia geopolíticas que lo hacen un documento de gran valor histórico para conocer cómo era todo el continente.

La familia Lillo vivía en el solar donde se encuentra hoy la Fundación que lleva su nombre (Miguel Lillo 251, San Miguel de Tucumán) que habría sido adquirido por su abuelo y entonces estaba “extramuros”, en las afueras de la ciudad. Miguel se crio en un ámbito austero de devoción en las prácticas religiosas como lo demuestran los libros de oraciones encontrados en su archivo que pertenecieron a las hermanas Lillo. Ellas elaboraban randas y tejidos para contribuir a la economía doméstica familiar que tampoco pasaba estrecheces. La lejanía del centro —en ese entonces— llevó a la familia a ocupar una casa en la calle San Lorenzo 646, sin abandonar la vieja residencia.

Por razones económicas no pudo continuar en la Universidad con sus condiscípulos y egresó como bachiller en 1881. Al año siguiente fue auxiliar en una farmacia y, con sus ayudantías en la Escuela Normal, perfeccionó en los ratos libres sus conocimientos como verdadero autodidacta y estudiando sin descanso. En el bachillerato tuvo maestros como Sixto Terán, Javier Frías, Paul Groussac, Rafael Hernández, Inocencio Liberani, Carlos Lowhenhard, Sisto Terán, Javier Frías, entre otros. Ellos dejaron su impronta en el joven Lillo.

Su relación con Schickendantz. En la Oficina Química

En el Colegio Nacional conoció al científico alemán Federico Schickendantz quien advirtió las condiciones del joven e influyó notablemente en su vocación. Lillo reconocía que con Schickendantz sus estudios habían tomado mayor vuelo (Torres, 1958, p. 66).

Ya al año siguiente, en 1883, volvió a trabajar en el Colegio Nacional como ayudante de Física y Química. En ese lugar profundizó los estudios desempeñando varias veces como interino en la cátedra de Física; aunque ocho veces solicitó una designación como profesor, no pudo obtenerla porque el sistema para proveer las vacantes no era por concurso sino por recomendaciones políticas. Y en ese período se interesó por la botánica y la zoología.

Era un hombre muy ordenado con todos los papeles. En su archivo se encuentra hasta la más pequeña factura o comprobante de viaje, gastos varios, etcétera. En las cartas, con su letra prolija, consignaba el día que fue contestada. En el Museo Histórico Miguel Lillo³ se exhiben las libretas con la nómina de alumnos y sus calificaciones. Hacía anotaciones en los márgenes y era muy prolijo. Muchos jóvenes que luego ocuparían lugares destacados en la vida pública fueron sus alumnos.

³ El Museo Histórico “Lillo y su Tiempo” se encuentra en el predio de la Fundación Miguel Lillo (Miguel Lillo 251, San Miguel de Tucumán, Argentina).

Hacia 1884 se creó la Oficina Química Municipal bajo la dirección de Federico Schickendantz y con la colaboración de Lillo. Decía en su correspondencia: “En 1885 fui nombrado ayudante, en 1889 pasé a subdirector y en 1892, director. Esta oficina fue fundada por el reputado químico Federico Schickendantz a quien debo la iniciación en esa ciencia” (AML, 1922). Con el sabio alemán editó el *Boletín de la Oficina Química* donde publicó sus primeros trabajos.

La Química fue una ciencia que lo acompañó a lo largo de su vida. Desde muy joven estudió para satisfacer un anhelo profundo de saber que había de cimentar su autoridad científica. Brindó sus conocimientos químicos en diferentes momentos y a diversas instituciones, tanto en la esfera pública como privada. Si bien su obra en el campo de las ciencias naturales abarcó muchos aspectos, su cátedra fue la Química. Le dio un ingreso económico que le permitió solventar otras actividades. Le aportó recursos, ya que fue la única actividad lucrativa y uno de los pocos cargos rentados que ejerció, para atender las pequeñas necesidades de su vida material y las grandes necesidades del estudioso (Perilli de Colombres Garmendia, 2024, pp. 333-354). Desde 1889 fue profesor de Ciencia Naturales en la Escuela Normal de Maestras y en 1890, profesor del Colegio Nacional en la cátedra de Física. Desde 1897 se dedicó casi por completo a la Química.

Fue Federico Schickendantz quien incentivó a Lillo a realizar un viaje a Europa en 1898 y allí visitó museos y laboratorios definiendo su vocación por la Historia Natural. A su regreso, afirmó: “Mi resolución está tomada, mi vocación son las Ciencias Naturales y entre ellas la Botánica” (Torres, 1958, p. 69). Publicaron juntos en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*: “Determinación de la glucosa en los vinos y en los productos de la Industria Azucarera”. En 1892, Schickendantz se fue de Tucumán y murió repentinamente en 1896. Su relación con Lillo quedó plasmada en algunas cartas en las que se aprecia una importante faceta de su personalidad y de la relación entre ambos. Afecto, respeto y temas en común relacionados a la Oficina Química y la Botánica. La amistad perduró inclusive cuando Schickendantz se había alejado de Tucumán. Lo llamaba “Estimado don Miguel” y se despedía “su afectísimo” (Peña de Bascary, 2014, pp.114-121). Intercambiaban publicaciones, plantas, frutas, etcétera.

En 1905 solicitó a la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires un certificado que lo legitimara y se le concedió la competencia en Química. La recibió el 30 de septiembre de 1905 como *Habilitante en Química*.

Lillo era austero. Vestía con sencillez y siempre de negro; no obstante, su guardarropa demuestra que sabía vestir con etiqueta; además del infaltable sombrero, poseía galera y ropa apropiada para una función

de teatro o alguna velada importante. Tenía varios sobretodos. Santillán, uno de sus amigos, le escribió una simpática carta cuando estaba en París:

Ya me imagino verlo ataviado y bastante abatado la primera vez que de jaqué o levita y galera se ande dando corte por alguna de las avenidas de esa gran ciudad y ya me imagino la cara que habrá puesto cuando una *blonde cocotte* le haya tomado del brazo. (AML, 1898)

Por su parte el doctor Antonio Torres, su médico y biógrafo lo describía en su aspecto físico:

Estatura: 1,77 m de estatura; cráneo: dolicocefalo, esqueleto más bien grácil pero firme; dedos finos y prolongados; cabeza erecta; ojos vivos y burlones que llegaban a molestar a quien escrutaba aún al descuido; pupilas pardo oscuras; nariz recta tirando a aguileña; andar pausado; movimientos lentos y mesurado. [...] su rostro ligeramente moreno pálido; [...] orejas rigurosamente armoniosas; dientes finos y parejos; boca regular; labios finos del color del flemático, cuando gustaba jugar una sonrisa irónica y volteriana.

Vestía con sencillez y sistemáticamente oscuro negro, en un estilo por años atrasado de la moda, casi un uniforme. [...] Por último musculatura firme por sus años de campaña. (Torres, 1958, p. 74)

Si bien la flora lo apasionaba, también gozaba con el estudio de la fauna y, en su deseo de ampliar conocimientos, trabó relación con científicos del mundo entero, siendo tan grande su prestigio que fue un referente y un hombre de consulta de grandes científicos de su época. Muchas instituciones del país lo contaron como miembro honorario y la Universidad de la Plata lo distinguió con el *Honoris Causa*.

No se destacaba como orador y sus clases solían resultar aburridas; sin embargo, su conocimiento del género humano le permitía interpretar las reacciones de las personas y responder con una fina y sarcástica ironía, rasgo que reflejan algunas anécdotas. Sara Peña de Bascary relata que José Francisco Peña, un alumno de Lillo, le contó a su hija que, entre los estudiantes, había un joven que durante la noche ayudaba a su padre a repartir carbón. Generalmente, el sueño lo vencía, pero no por ello faltaba a clase. Una mañana, estaba Lillo exponiendo un árido tema de química, cuando ante el asombro del alumnado, fuertes ronquidos irrumpieron en el aula. El profesor siguió durante unos minutos ante los atónitos estudiantes y al cabo de un rato se acercó al muchacho que despertó sobresaltado tratando de disculparse. Lillo le interrumpió con suavidad, “no importa que duerma, los ronquidos son los que me distraen” (Peña de Bascary, 1976, p. 51).

Desde 1918 se dedicó exclusivamente a la investigación. Se retiró de la docencia, pero mantuvo su cargo como director del Museo de Historia Natural, fundado durante el gobierno de Ernesto Padilla. Era

un apasionado de la fotografía como lo demuestran los equipos, lentes para cámaras, proyector de fotos que están en el Museo Histórico Lillo y una cámara cuya compra solicitó para el de Historia Natural, al final de su vida.

Dejó un álbum de fotos tomadas por él a comienzos del siglo XX, el que casi se destruye completamente en un incendio en el laboratorio fotográfico de la Fundación Miguel Lillo. Afortunadamente quedaron muchas fotos, algunas chamuscadas; fueron rescatadas por el científico Federico Vervoorst, quien se las obsequió a la Dra. Graciela Ponessa y hoy pertenecen al patrimonio del Museo Histórico. Lillo, prolijamente de puño y letra, consignaba que eran de su autoría y dónde habían sido tomadas.

Afirma Sara Peña de Bascary que se sentía atraído por temas muy diversos, según consta en los libros copiadores del Museo de Historia Natural y que era un gran coleccionista. También le atrajo la numismática. Por ejemplo, consultó a expertos sobre una medalla con la leyenda “Tucumán sepulcro de la Tiranía” que databa de 1812 y que integraba una colección de 162 monedas donadas al Museo, según el inventario realizado por Lillo en los libros copiadores y, más adelante, por Enrique Rothe, el que se conserva en la administración de la Fundación Miguel Lillo.

Fue un apasionado bibliófilo, coleccionó valiosas obras científicas en un conjunto de ocho mil volúmenes. Le interesaba la literatura, desde Julio Verne hasta los autores clásicos, los trabajos arqueológicos, las publicaciones políticas como *Caras y Caretas*, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, la obra completa de Humboldt, la de Plinio, la crónica de los naturalistas viajeros, publicaciones sobre geografía, historia, filosofía, además de una amplísima gama de textos relacionados a las ciencias naturales. Poseía un valioso ejemplar de *Corsi di Chimica*, de Niccolo Lemery, editado en Venecia en 1763.

En su correspondencia se conservan las facturas de los libros que compraba en forma continua a librerías especializadas, muchas extranjeras, cuyos libreros le hacían llegar todas las novedades editoriales. No tuvo la misma inclinación hacia el arte, al que no entendía. Según el doctor Juan Heller: “jamás comprendió el arte [...] De la pintura y el dibujo, prefería la caricatura [...] Apreciaba la sátira no como género literario, sino como expresión de burla y de sarcasmo” (Páez de la Torre, 2015, octubre 31).

Lillo era un hombre ordenado, vigilaba muy bien sus gastos, pero no era mezquino con la compra de libros y ejemplares para sus colecciones. En una carpeta de su archivo se encuentra el registro de cada gasto realizado en la edificación de su casa, la que fue haciendo en distintas etapas. Existe en su archivo un documento interesante, de septiembre de 1926, donde consignó un seguro contra incendio por cinco años que tomó con la Germano Argentina Compañía de Seguros. Allí describe

someramente la propiedad a la que asegura en \$10.000. Brindaba también detalles de las colecciones de plantas (80.000), de aves (3.500), la biblioteca con 4.000 libros y el mobiliario y aparatos del museo y biblioteca. Todo lo cual asegura en \$105.000. Ya era un gran volumen de objetos los que se guardaban en su casa y justificaban la nueva construcción que se produjo al año siguiente. En su archivo encontramos estos datos en la caja denominada “Gastos edificio de Miguel Lillo”. Es notable por haber anotado todos los gastos, hasta los de poco valor.

En la Universidad. Festejos del Primer Centenario

Aunque mayor en años, se integró a la llamada Generación del Centenario o de la Universidad; sus miembros lo respetaban y tenían como opinión autorizada sus consejos y lo consultaban sobre diversos temas. Se sumó al proyecto de la creación de la Universidad y, cuando en 1914, se inauguró la alta casa de estudios, el gobernador Ernesto Padilla tomó como ejemplo a Lillo:

Tengo un oportuno y bello ejemplo. Sé que contrariará a la modestia innata que da relieve a sus altos merecimientos. Pero dentro de los métodos experimentales que os son familiares, habéis de permitirme, doctor Miguel Lillo que me sirva de vuestro caso personal para demostrarlo ya que señaláis una cima que muestra lo que puede alcanzar la voluntad de un hombre, cuando aún en la soledad y ante la indiferencia enciende su lámpara para estudiar y pensar. Joven tuvisteis el amor de las ciencias naturales y formasteis la sana vocación de dominarlas; autodidacta lo habéis conseguido y los sabios del mundo entero conocen vuestro nombre agregado al de las nuevas especies de la flora y fauna que habéis clasificado en vuestro suelo, o a través de investigaciones vuestras, así como, dignísimamente llevado entre austeras disciplinas, fuisteis reverenciado como eminente doctor de las ciencias, antes que os llegara el título académico en que os consagra, con un acto que la honra, la ilustre Universidad de la Plata. (Furlong, 1959, p. 367)

En 1916 se sumó en la organización de los festejos del Primer Centenario. Las autoridades nacionales se mostraron indiferentes ante los preparativos, y solo enviaron un representante a los festejos, Carlos Saavedra Lamas; el aporte nacional fue escaso pero el gobernador Ernesto Padilla y la Comisión Provincial de actos organizaron con esmero y sobriedad la fiesta. Se sumó a estos la organización de la Primera Reunión Nacional de Ciencias Naturales, la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales en 1916 (Omil, Bobovnikov & Durango de Cabrera, 2000).

En medio de grandes dificultades económicas se planificó este encuentro con prestigiosas figuras que integraban las distintas comisiones. Lillo dejó de lado su natural retraimiento y participó en el encuentro apoyado en todo por Rodolfo Schreiter. Se sumaron Carlos Díaz, Wi-

William Cross, Inocencio Liberani y Stewart Shipton; su presidente honorario era el doctor Ernesto Padilla, secundado por los doctores Juan B. Terán, Juan Heller y Alberto Rougés como vicepresidentes honorarios. En el primer trabajo de la Sección Botánica, Lillo proponía una distribución de la vegetación basada en la configuración del relieve, su relación con el clima y el suelo, que son los principales parámetros de la biodiversidad. Esta propuesta la volcó en un mapa fitogeográfico que acompañaba al trabajo.

Fue profesor de Química y Física en la joven casa de estudios y al nacionalizarse, Lillo resignó el cargo. Las autoridades no aceptaron su renuncia y lo confirmaron como docente. En 1922 fue decano de la Facultad (o Instituto) de Química y Ciencias Naturales (designado por José Luis Aráoz) y el 29 de abril fue nombrado decano honorario. La cátedra y sus investigaciones botánicas le demandaban tiempo y en los exámenes era muy exigente y riguroso. En 1923, presidió el tribunal para cubrir la cátedra de Química; ante los rumores de supuestas enemistades con uno de los examinados, el doctor Somersfeld, Lillo se excusó. No obstante, las autoridades rechazaron su inhibición al considerar que eran ampliamente conocidas la nobleza y rectitud que siempre habían caracterizado su conducta.

Su temperamento era hosco y reservado. Su actitud era la de escuchar antes de ser escuchado. Su casa estaba abierta para quienes desearan intercambiar ideas, para los alumnos y todo aquel que se interesase en su “microcosmos”, al decir de Alberto Rougés.

El profesor Lorenzo Parodi, que lo trató por quince años, decía que a la primera impresión producía una sensación de desamparo, pero

[...] bastaba una pregunta al azar para conquistarlo. Por ejemplo, inquirir sobre el árbol que se encuentra junto a su entrada. La mudez se transformaba en locuacidad, que podía durar varias horas. Del árbol se pasaba a la consulta de libros, a la opinión de Engel y la conversación se tornaba general y fructífera: la universidad, la política, los científicos, las noticias periodísticas, los malos artículos de divulgación. Sus respuestas eran a menudo irónicas y sus aseveraciones sentencias. Todo lo juzgaba con espíritu científico. (Páez de la Torre, 2018, marzo 2)

En 1922, Lillo recibió la visita de un periodista de *El Orden*. Carlos Páez de la Torre (h.), en su columna “Apenas ayer” en *La Gaceta de Tucumán* del 2 de marzo de 2018, reproduce parte de las impresiones de ese encuentro. Lo curioso es que en la entrevista no había preguntas ni respuestas. Consistía en referencias admirativas que surgían en el redactor mientras recorría con su entrevistado la biblioteca y las colecciones. Es interesante transcribir esas impresiones que describen muy bien a Lillo:

En nuestro país Lillo resume la situación en que se encontraban todos los hombres que valen. Se le desconoce, es ignorado como todos aquellos

que jamás aparecen en crónicas sociales, que no asisten al club, ni andan en rencillas y cuantos políticos jugando a las escondidas ni van a las carreras, ni frecuentan los salones entorchados de petulancia y vanidad [...] Vive en Tucumán, en una casa en las afueras entre la sombra de los árboles adustos que cobijan sus meditaciones y guardan su ostracismo en el sereno silencio donde quema su vida, y sus fuerzas en la beatitud del saber. Lillo no es doctor. Es algo más y me lo dijo sonriendo. “He estudiado por mí mismo, soy un autodidacta”. [...] Un respeto instintivo me hace prescindir de llamarlo doctor, cuando me dirigía a él para preguntarle algo, no obstante que todos, respetuosamente le dan ese calificativo. Es un hombre discreto, apenas habla, de su vida nada dice. Es alguien que ha encanecido en el estudio y su mirada penetrante dice a las claras que anda despertando a la naturaleza sus misterios. Es sabio porque ha profundizado la química, la zoología, la botánica, la arqueología y no obstante que sigue siempre su cerebro en esos terrenos, dedica cierto tiempo de sus horas propicias a la astronomía y a la literatura. (Páez de la Torre, 2018, marzo 2)

Lillo y Juan B. Terán mantuvieron una relación estrecha, especialmente durante el rectorado de este último. Ante diversos asuntos, Terán solía decir con frecuencia: “Pregunten a Lillo”. En agosto de 1925, en una carta, Terán le pide que acepte “El sacrificio de hacerse cargo de la cátedra de Química Orgánica” y agrega: “Sé el recargo de trabajo que supone pero nadie puede hacerlo en mejores condiciones que Ud.” (AML, 1925d).

Referente en las Ciencias Naturales

En 1925, Carlos Spegazzini, antiguo amigo y corresponsal de Lillo, hiere su sensibilidad con un injusto artículo en *la Revista Argentina de Botánica*. Ambos habían entrado en relación desde 1890, intercambiaban correspondencia y Lillo le enviaba los materiales que solicitaba. En el prólogo sobre la colección de maderas de Santiago Venturi, encontró Lillo un párrafo que, interpretado maliciosamente, lo hacía aparecer como plagiarlo. Muy afectado, escribió a Spegazzini apelando a su caballerosidad e hidalguía para que reconociese su falta. El italiano afirmó que lo había escrito con Girola y no se rectificó; las relaciones entre ambos se enfriaron.

Lillo prefiere guardar silencio, pero habla del tema con Terán. En una misiva, este le devuelve el archivo de cartas de Spegazzini y le pregunta: “¿Valdrá la pena una reyerta personal?” (AML, 1925c). En otra carta: “Siento mucho sus contrariedades, pero es necesario que las mire con más indiferencia; necesitamos hacernos una filosofía especial para transcurrir estos años”. Le da un consejo final: “he leído la diatriba, es un desahogo indigno de un hombre de ciencia. Ud. no puede seguirlo

en ese camino” (AML, 1925a), le dice y fue el camino que Lillo tomó. Todos los naturalistas de su tiempo apoyaron a Lillo (Perilli de Colombres Garmendia, 2011, pp. 379-389).

Su correspondencia revela su relación intensa con Rodolfo Schreiter. En 1928, el alemán estaba de viaje y Lillo le escribía:

Ahora estoy arreglando las plantas coleccionadas por Ud. y encuentro que las de los años 25 y 26 están apolilladas en gran parte, pero yo las desinfecté, perdiendo inútilmente mi tiempo. Vea si estudia por Alemania algún procedimiento práctico de conservar herbarios, yo ya voy perdiendo la paciencia. (AML, 1928)

En la misma carta le decía: “Nunca en mi vida he pasado peores momentos que los que me vienen de sucederme desde que Ud. se fue”. Primero había sido “la conducta miserable” de un empleado que se había jubilado y se retiró sin despedirse; luego escribió una nota insolente, lo habían incomodado los postulantes de empleo; a las acantáceas las echó al diablo; “a Venturi lo habían destituido de su empleo en el Parque” (AML, 1925b).

Se escribía en forma constante con científicos de nuestro país y del exterior, estos lo consultaban y pedían a Lillo colaboración en la descripción del material botánico. Con Cristóbal Hicken mantuvo correspondencia durante veintiséis años, entre 1902 y 1928. En su archivo se conservan alrededor de ciento cincuenta cartas sobre diversos temas, como el desarrollo de la botánica y otras ciencias, de grandes personalidades de las ciencias naturales, sobre los problemas políticos del momento, de la Primera Guerra Mundial, entre otros. Compartían su visión de las ciencias. Por su constante colaboración, Hicken bautizó dos especies con su nombre. Lillo hizo lo propio en honor a Hicken.

En su trabajo sobre la botánica argentina, Hicken resaltaba la personalidad de Lillo:

Lillo es el autodidacta criollo nacido entre las flores del rincón más poético de la Argentina. Sin otro maestro que su propia inspiración, sin más libros que los árboles, plantas y flores de su provincia, se hace maestro insigne, acumula el material científico de su riquísimo herbario y espléndida biblioteca. Lillo jamás buscó el reflejo deslumbrante de los puestos oficiales y, escudado únicamente por la sólida preparación reconocida por los mismos extranjeros, protegido por su intachable honestidad, se ha abierto camino sin violencia ni atropellos.

Lillo se formó solo y su ejemplar tenacidad y perseverancia lo llevaron hasta ocupar en la ciencia el alto puesto como se le hace justicia rindiéndole homenaje de profundo respeto y alta consideración todos los que de ciencia se ocupan. La extrema escrupulosidad en todas sus observaciones hace que la palabra de Lillo tenga el valor de una sentencia y los mismos profesionales de Europa y Norteamérica reforman sus opiniones y corrigen sus afirmaciones ante una indicación de Lillo.

Construye uno de los herbarios más importante de la América Meridional. Con Lillo comienza recién en Tucumán a tener importancia el estudio de la botánica (Hicken, 1923, p. 110).

Lillo clasificó además varias colecciones particulares como las de León Castellón, P. Jorgensen, Santiago Venturi y Schreiter. También se escribía con Lucien Hauman, Eduardo L. Holmberg e hijo, Augusto Scala, Émile Hassler, Teodoro Stuckert, Juan A. Domínguez, Roberto Dabbene, Pedro Serie, Ángel Gallardo, Martín Doello Jurado, Carlos Bruch y muchos otros.

Fue respetado por naturalistas argentinos y extranjeros. Su labor en el campo científico lo hizo merecedor del reconocimiento de los círculos académicos más relevantes y de gran cantidad de distinciones. De la lectura de su correspondencia se advierten las vinculaciones que mantuvo con los hombres destacados en el campo de las ciencias naturales. Entre los coleccionistas de plantas que vivían o habían vivido en Tucumán, Lillo alentó a dedicarse a esta tarea a León Castellón, Santiago Venturi, Rodolfo Schreiter, Emilio Budin, Luis Dinelli, Ernesto Bailetti y otros, todos extranjeros. Entre los tucumanos puede citarse a Julio Prebisch y Francisco Abaleón, tal como él mismo lo reconoce en una carta a Hicken (AML, 1922).

Su relación con los “colectores”

Lillo era una persona muy formal, silenciosa e introvertida, volcada por completo a su pasión por el estudio de las ciencias naturales. En esa vida dedicada al conocimiento casi no hubo lugar para los afectos, o al menos no los expresó abiertamente. Dentro de ese universo tan reservado ocuparon un lugar especial los llamados “colectores”, quienes recorrían distintas regiones para reunir material botánico y ornitológico, además de muestras de maderas, huevos y otros elementos. Los “colectores”, por lo general, no tenían título universitario, eran prácticos con gran experiencia y se desempeñaban en forma temporaria en reparticiones oficiales vinculadas a la agricultura y la ganadería, recorrían las provincias y otras zonas limítrofes buscando ejemplares que vendían o intercambiaban para formar sus propias colecciones. Hubo varios que tuvieron larga relación con Lillo: Francisco, Manuel y Demetrio Rodríguez, José Steinbach, León Denis y muchos otros. Se destaca, entre todos, su relación con Santiago Venturi, el colector con el que intercambió mayor número de cartas; estaba bien relacionado con los naturalistas pues coleccionaba para todos e informaba a Lillo de sus rivalidades y rencillas.

Lillo le trazaba los itinerarios y publicaron juntos: *Contribución al conocimiento de los árboles en la Argentina*. Lo ayudaba continuamente, incluso le prestaba dinero, que Venturi no podía devolver por las malas

empresas en que se embarcaba. Le consiguió también diversos trabajos y, aunque era muy frontal en su crítica, se advierte que le tenía aprecio. Con los “colectores”, Lillo dejó de lado en parte su natural hermetismo, ya que dependía de ellos para reunir especies de plantas, aves, cueros y otros ejemplares en regiones alejadas de Tucumán. Fueron responsables de la obtención, preparación y adecuada documentación de los especímenes que integraron las colecciones. Además, a través de su correspondencia contribuyeron a dar a conocer sus preocupaciones (Perilli de Colombres Garmendia, 2017, pp. 76-93).

Podemos comprobar que Lillo hizo sus colecciones por sus propios medios, por canje o compra. De su propio peculio adelantaba dinero que muchas veces no recuperó. Las consultas llegaban desde distintos lugares a la casa de don Miguel y, entre los jóvenes que acudieron en busca de su saber y experiencia, resulta especialmente conmovedor el caso de Ángel Cabrera, botánico e hijo del reconocido profesor y zoólogo de Buenos Aires. En sus cartas siempre se encuentran palabras amables. “Es cosa que no he podido determinar ni siquiera el género y eso me ha decidido consultar a Ud. que conoce tan bien las compuestas” (AML, 1930a). En noviembre, le decía: “pido a Ud. autorización para usar sus determinaciones” (AML, 1930b).

Lillo y la masonería

Mucho se ha hablado de la masonería en relación a Lillo. Este se adhirió a sus principios al fundarse la Liga en Bernardino Rivadavia n°335, en 1923, en casa de Salvador Vitriú en calle Laprida 290. Junto a Lillo, figuraban, como fundadores Celedonio Gutiérrez, Octaviano Vera, José Antonio Olmos, Alfredo Falú, Lorenzo Campi, Enrique Francisco Lupiz y otros. También fueron masones, en otras logias, Federico Schickendantz, su maestro y protector; Guillermo Paterson, integrado a la Logia Estrella de Tucumán n° 71; Albin Prebisch y sus dos hijos Ernesto y Julio (este último se afilió a la misma que Lillo).

La Logia Rivadavia fue efímera, solo funcionó, aproximadamente, hasta 1930.⁴ Su creación respondió al propósito de dinamizar la vida intelectual y social de Tucumán, en abierta oposición a los sectores conservadores. En ese ámbito se ofrecían conferencias sobre la importancia del Registro Civil —al que muchos aún se resistían a inscribirse— y se promovían otros postulados vinculados al ideario masónico, como la secularización del Estado, la ampliación de los derechos civiles de

⁴ Sobre esta logia investigó Florencia Aráoz de Isas en su libro, *La masonería en el ideario liberal del siglo XIX* (2012, pp. 162-165).

las mujeres y la sanción de leyes sociales en favor de los trabajadores. Estos mismos principios también fueron defendidos por Mario Bravo.

En general, la masonería bregaba por el laicismo y la ruptura de lazos con la Iglesia; no obstante, creemos que Lillo tuvo las huellas de una formación católica impresa por su familia. Entre sus objetos, se encuentra una cruz que compró en su viaje a Europa durante su estadía en Roma y que fue bendecida por el Papa en una audiencia; para Antonio Torres, Lillo tuvo “un sentido místico de la vida. Nunca practicó el culto” (Torres, 1956, p. 109).

El destino de su herbario y biblioteca

En el epistolario hay cartas con Cristóbal Hicken que muestran, en 1915, a Lillo preocupado por el destino de su herbario y biblioteca. Hicken le respondía:

Ud. dice bien que la biblioteca es inseparable del herbario. Y aunque se colocaran en terreno económicamente aceptable, Ud. no debería nunca, jamás abandonar sus colecciones. Podrá traspasarla al Estado si es así su voluntad, deseo o capricho, pero hágalo conservando las colecciones en la casa de Ud. bajo su continua vigilancia, hasta que no pueda atenderlas más, pero no las haga llevar a ninguna oficina pública. (AML, 1915)

La preocupación que en 1915 exponía a Hicken sobre sus colecciones continuó; hacia 1928, la Universidad demoraba la aceptación de la donación del terreno en la quinta que habitaba, ya que la situación era difícil, con permanentes amenazas de intervención al rector Julio Prebisch. Sintiendo enfermo, y ante las sugerencias de sus amigos más cercanos, legó por testamento a Tucumán lo que tanto amaba: sus colecciones y su biblioteca confiando en la protección y dedicación a su obra. Los que fueron sus amigos por decisión y disposiciones testamentarias de Lillo, se encargaron de preservar lo que había construido a lo largo de su vida. Lillo recibió el consejo de legar a Tucumán su obra y les encargó la tarea de cuidar de ella. Nació la Primera Comisión Asesora Vitalicia de la Fundación Miguel Lillo.

Reflexiones finales

El recorrido por la vida y la obra de Miguel Lillo permite advertir que su figura excede con creces la del naturalista consagrado. Su existencia, marcada por la austeridad, el estudio y una curiosidad inagotable, revela a un hombre capaz de articular la observación científica con una sensi-

bilidad abierta a los problemas culturales y sociales de su tiempo. Desde sus primeros pasos en la Oficina Química hasta su decisivo aporte a la consolidación de las ciencias naturales en la Argentina, Lillo encarnó el modelo del investigador autodidacta, riguroso y perseverante, cuya autoridad se sostuvo en la seriedad de su trabajo y en la coherencia ética de su conducta.

La reconstrucción de sus vínculos con maestros, discípulos y “colectores”, así como el examen de sus intereses paralelos —la fotografía, la numismática, la masonería—, permiten comprender la amplitud de sus horizontes y la variada trama de relaciones que sostuvo para dar forma a sus colecciones y a su proyecto científico. Su preocupación por el destino de su biblioteca y herbario y su compromiso con la Universidad de Tucumán lo inscriben, además, en una tradición de pensamiento y acción que otorgó densidad a la vida cultural del noroeste argentino.

Hoy, su legado, preservado en archivos, museos y bibliotecas, continúa ofreciendo claves para interpretar la historia de la ciencia y de la cultura en nuestro país. Releer a Lillo desde una perspectiva integral implica reconocer en él no solo al sabio que clasificó plantas y organizó herbarios, sino también al ciudadano que puso su conocimiento al servicio de la comunidad, consciente de que el saber, cuando se cultiva con rigor y generosidad, constituye un bien común destinado a trascender a quienes lo producen.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

Archivo Miguel Lillo (AML)

- AML. (1898, 31 de marzo). Correspondencia de Santillán a Lillo. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.
- AML. (1912, 12 de agosto). Correspondencia de Lillo a Hicken. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.
- AML. (1915, 5 de febrero). Correspondencia de Hicken a Lillo. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.
- AML. (1922, 31 de agosto). Correspondencia de Lillo a Hicken. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.
- AML. (1925a, 12 de junio). Correspondencia de Juan B. Terán a Lillo. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.
- AML. (1925b, 16 de junio). Correspondencia de Lillo a Rodolfo Schreiter. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.
- AML. (1925c, 22 de julio). Correspondencia de Juan B. Terán a Lillo. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.
- AML. (1925d, 21 de agosto). Correspondencia de Juan B. Terán a Lillo. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.
- AML. (1928, 16 de junio). Correspondencia de Lillo a Rodolfo Schreiter. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.

AML. (1930a, 3 de agosto). Correspondencia de Cabrera a Lillo. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.

AML. (1930b, 19 de noviembre). Correspondencia de Cabrera a Lillo. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.

Bibliografía crítica

Amenta, S. G. (2011). Miguel Lillo y Cristóbal M. Hicken: Dos naturalistas contemporáneos vistos a través de su correspondencia. En *La Generación del Centenario y su proyección en el NOA (1900-1950): Actas de las VIII Jornadas* (pp. 38-50). Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.

Aráoz de Isas, M. F. (2012). *La masonería en el ideario liberal del siglo XIX*. Edición de autor.

Furlong, G. SJ. (1959). *Ernesto Padilla: Su vida, su obra* (Tomo I). Universidad Nacional de Tucumán.

Godoy, M. E. (2017). La biblioteca del Dr. Miguel Lillo. En *La Generación del Centenario y su proyección en el NOA (1900-1950): Actas de las X Jornadas* (pp. 245-267). Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.

Hicken, C. M. (1923). Los estudios botánicos. En *Evolución de las ciencias en la República Argentina*. Coni.

Omil, M., Bobovnikoy, J., & Durango de Cabrera, J. (2000). Primera Reunión Nacional de Ciencias Naturales. En *La Generación del Centenario y su proyección en el NOA (1900-1950): Actas de las III Jornadas* (Tomo I, pp. 43-46). Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.

Páez de la Torre, C. (h.) (2015, octubre 31). “Apenas Ayer. Visión de Miguel Lillo”. *La Gaceta de Tucumán*.

— (2018, marzo 2). “Apenas ayer. Visiones de Lorenzo Parodi y Antonio Torres”. *La Gaceta de Tucumán*

— (2018, mayo 10). “Apenas ayer. Una visita a Lillo”. *La Gaceta de Tucumán*.

Peña de Bascary, S. (1976). Naturalistas en Tucumán. *Todo es Historia*, (104), 41-54.

— (2014). Federico Schickendantz: Un científico investigador y vehemente. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán*, (14), 85-124.

— (2016, abril 5). “Hallazgo”. *La Gaceta de Tucumán*.

— (2020). El legado del Sabio Miguel Lillo. En *La Generación del Centenario y su proyección en el NOA (1900-1950): Actas de las XI Jornadas* (pp. 321-373). Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.

Perilli de Colombres Garmendia, E. (2011). Un conflicto entre naturalistas: Miguel Lillo y Carlos Spegazzini. En *La Generación del Centenario y su proyección en el NOA (1900-1950): Actas de las VIII Jornadas* (pp. 379-389). Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.

— (2017). Venturi, otros colectores y Lillo: Una amistad poco conocida. En *La Generación del Centenario y su proyección en el NOA (1900-1950): Actas de las X Jornadas* (pp. 76-93). Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.

— (2024). Miguel Lillo: El químico. En *La Generación del Centenario y su proyección en el NOA: Actas de las XII Jornadas* (pp. 333-354) [Edición digital]. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.

Torres, A. (1958). *Lillo: Vida de un sabio*. Universidad Nacional de Tucumán.